



DIÓCESIS DE CABIMAS

Mons. Ángel Francisco Caraballo Fermín

OBISPO

HOMILIA, EN OCASIÓN DE LA VIGILIA DE PENTECOSTÉS DIOCESANO (03/06/2023)

Queridos hermanos:

¡Dios Padre, que ha derramado el Espíritu Santo en nuestros corazones, nos haga testigos creíbles de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo!

Todas las parroquias de la Costa Oriental del Lago, se han dado cita en este lugar para celebrar esta vigilia en la que invocamos, de modo especial, al Espíritu Santo. Se encuentran, en medio de nosotros, los candidatos a recibir los ministerios confiados a los laicos. Sacerdotes, religiosos, religiosas, agentes de pastoral, comprometidos con la causa del evangelio, a una sola voz, repetimos:

“Espíritu Santo, danos un corazón dispuesto a amar a Cristo, el Señor, con la plenitud, la profundidad y la alegría que Tú solo sabes infundir.

Danos un corazón limpio como el de un niño, que no conozca el mal sino para combatirlo y rechazarlo.

Espíritu Santo, danos un corazón grande, abierto a toda palabra de inspiración y cerrado a toda mezquina ambición.

Danos un corazón grande y fuerte, capaz de amar a todos, dispuesto para el sacrificio, cansancios y ofensas.

Danos un corazón grande, constante y fuerte hasta la misericordia, dichoso sólo de palpar con el corazón de Cristo, y de cumplir la voluntad de Dios.

María de Nazaret, tú que recibiste el don el Espíritu Santo en Pentecostés, consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados

para llevar a todos el Evangelio de la Vida que vence a la muerte.

Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos para que llegue a todos el don de la belleza que no se apaga. Amén.

Todas las lecturas de este día nos hablan del Espíritu Santo.

- **En la primera lectura**, tomada del libro de los Hechos de los Apóstoles, el cual relata el nacimiento y el desarrollo de las primeras comunidades cristianas, así como los conflictos internos y las dificultades en la predicación del Evangelio, dice San Lucas que el día de Pentecostés, día de acción de gracias a Dios por las cosechas del año y día en que recordaba la promulgación de la Ley dada por Dios en el Monte Sinaí, se convirtió en una fiesta de inmensa alegría, pues descendió sobre los apóstoles el Espíritu Santo con todos sus dones y frutos, con toda su divina fuerza y poder.
- **Hemos cantado** varias veces en el Salmo Responsorial *“Envía, Señor, tu espíritu, y renovarás la faz de la tierra”*.

- **San Pablo**, en la segunda lectura, nos dice que es el Espíritu de Dios el que nos inspira en la oración, el que viene en auxilio de nuestra debilidad.
- Y Jesús, en el **Evangelio**, entrega a los apóstoles el don del Espíritu, “*Reciban el Espíritu Santo*”, y con Él, el poder de perdonar los pecados.

Estamos en este momento repitiendo la misma escena de Pentecostés, somos una gran familia reunida con María, avivada por la efusión impetuosa de Espíritu y dispuesta para la misión evangelizadora.

Todos los domingos, en el credo decimos “Creo en el Espíritu Santo”. Pero, ¿Qué significa cuando decimos “Creo en el Espíritu Santo”? El compendio del Catecismo de la Iglesia Católica dice: “*Crear en el Espíritu Santo es profesar la fe en la Tercera persona de la Santísima Trinidad, que procede del Padre y del Hijo y que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria. El Espíritu Santo “ha sido enviado en nuestros corazones” (Gal. 4,6) a fin de que recibamos la nueva vida de hijos de Dios*” (136).

El Espíritu Santo por ser Dios es eterno, divino, omnipotente, y ha actuado en cada una de las etapas de la salvación con su acción poderosa:

.- **En la etapa de la creación**, cuando Dios creaba todas las cosas de la nada, el “*Espíritu se cernía sobre las aguas*” (Gén 1,2), dándole forma a tanto cuanto el Señor había creado.

.- **En la etapa de la redención**, los santos evangelios nos revelan que la concepción del Hijo de Dios se obró a través del Espíritu Santo, y el “SÍ” amoroso y sencillo de María de Nazaret. El Arcángel San Gabriel, ante la pregunta de María ¿Cómo será esto si no conozco varón?, el enviado de Dios responde: “*El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el niño santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios*” (Lc 1,34). Y en ese momento Dios se hizo hombre.

.- **En la etapa de la Iglesia**, el día de Pentecostés, el Señor cumple las promesas contenidas en el libro del profeta Ezequiel: “*Les daré un corazón nuevo y pondré dentro de ustedes un Espíritu nuevo, pondré mi espíritu y haré que caminen según mis mandamientos*” (Ez 36,27); y en el profeta Joel: “*Yo derramaré mi Espíritu sobre cualquier mortal, tus hijos y tus hijas profetizarán*” (Joel 3, 1); y Jesús recordó en la cena Pascual: “*Cuando venga el protector, que les enviaré desde el Padre, por ser él, el Espíritu de verdad que procede del Padre, dará testimonio de mí*” (Jn 15, 26); *recibirán la fuerza del Espíritu Santo cuando venga sobre ustedes y ustedes serán mis testigos*” (Hch. 1, 8). De modo que es el Espíritu Santo el Dios con nosotros, el Señor en la tierra en la que vivimos, el legado del Padre y del Hijo para nosotros los que creemos en la Trinidad.

Queridos hermanos, nosotros pertenecemos a esta etapa de la Salvación. Estamos llenos de la fuerza de lo alto, del Espíritu Santo, y el Señor, a imitación de las primeras comunidades cristinas, nos pide que comuniquemos las maravillas que Él ha hecho en nuestras vidas y comunidades.

Nuestro querido Papa Francisco, no se cansa de invitarnos a ser *“Evangelizadores con Espíritu, que se abran sin temor a la acción del Espíritu Santo”* (EG, 259), dispuestos a crear un modelo de Iglesia unida, sinodal, que acoge y no excluye; una Iglesia no autorreferencial y cerrada en la sacristía, anclada en el pasado, sino misionera: es decir, una Iglesia que con el Evangelio va al encuentro del hombre, no espera, sino va, anuncia a todos el amor misericordioso del Padre. Una Iglesia pobre y para los pobres, libre de la mundanidad espiritual, que quiere remediar todas las formas de pobreza que encontramos en la sociedad. Una iglesia que irradie la luz de ese Santo Espíritu en cada una de sus acciones, con el amor de Jesucristo y del Padre desbordando a los templos y llamando con bondad y paciencia a las almas al encuentro verdadero con Dios y su mensaje de salvación.

Para ser este tipo de Evangelizadores se necesita:

.- Una fuerte experiencia de Dios, para que el apostolado esté impregnado por una conciencia recta y un amor incondicional a los preferidos de Jesús: a los pobres, los excluidos, que son las llagas y la carne aún sufriente de Cristo. *“Siempre –dice el Papa Francisco- hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vician de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se paga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración”* (EG, 262).

.- El gusto espiritual de ser pueblo, amar al pueblo como Cristo lo ama *“hasta dar su vida”*. Ver a la gente como Cristo la ve: *“con amor, con ojos de misericordia”*. *“Cautivados por el gran ejemplo que nos dio el Señor, deseamos integrarnos a fondo en la sociedad, compartimos la vida con todos, escuchamos sus inquietudes, colaboramos material y espiritualmente con ellos en sus necesidades, nos alegramos con los que están alegres, lloramos con los que lloran y nos comprometemos en la construcción de un mundo nuevo, codo a codo con los demás. Pero no por obligación, no como un peso que nos desgasta, sino como una opción personal que nos llena de alegría”* (EG, 269).

.- Tener la certeza de que Jesús resucitó, vive y nos envía su Espíritu. Vivimos momentos difíciles en Venezuela: entre los habitantes de nuestro hermoso país hay mucha división y discordia, no nos reconocemos como hermanos y vemos al que no comparte nuestra posición política como un enemigo al que hay que destruir, y no a un hermano al que hay que respetar en sus opiniones y pareceres, pues de eso se trata la libertad y la democracia.

Esta es la fe que nos anima a realizar nuestras actividades en las parroquias, rectorías, centros de evangelización, colegios diocesanos, y sabemos que El Señor, a través de su Espíritu, colabora con nosotros. Cristo venció el mal, el pecado y la muerte, y nos da las fuerzas para repetir esas hazañas hoy.

Somos conscientes que la misión que nos encomienda la Iglesia supera nuestras fuerzas, pero no las de Aquél que nos envía a evangelizar. Recordemos que *“los árboles que crecen en lugares sombreados y libres de vientos, mientras que externamente se desarrollan con aspecto próspero se hacen blandos y fangosos; sin embargo, los árboles que viven en las cumbres, agitados por muchos vientos y constantemente expuestos a la intemperie, golpeados por fortísimas tempestades y cubiertos de frecuentes nieves, se hacen más robustos que el hierro”* (San Juan Crisóstomo).

Las dificultades que estamos viviendo en nuestra querida nación y en la Iglesia nos fortalecen espiritualmente pues el *“Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad”* (Rom 8, 26), nos acercan más a Dios, nos hacen más caritativos y solidarios y nos muestran que, a pesar de todo, Cristo está presente, actúa y tiene poder. El siglo XX, siglo de las dos guerras mundiales, suscitó a dos grandes constructores de la Paz: San Juan Pablo II y San Juan XXIII. Este siglo XXI, lleno de tantas incertidumbres y miedos, con tanta gente desorientada que vaga sin rumbo, sin ser escuchada ni amada, con gente sedienta de que alguien le hable de Dios, único capaz de satisfacer las necesidades más profundas del ser humano, el Espíritu Santo nos ha regalado al Papa Francisco, hombre de la justicia, el amor y la misericordia.

Por eso, queridos hermanos, tengamos confianza, no nos dejemos arrastrar por el desánimo ni la desconfianza. Dios guía con sabiduría infinita los destinos de los pueblos, muy especialmente de aquellos que tienen la perseverancia suficiente para confiar en su grandeza y orientación.

Queridos **candidatos a recibir los ministerios conferidos a laicos**, los animo a seguir preparándose con un estudio serio de la Sagrada Escritura, el Catecismo de la Iglesia Católica y la Teología. Pero, por encima de todo, les animo a que cada uno de ustedes vaya teniendo los mismos sentimientos de Cristo, una vida de oración profunda y sean testigos que, con la palabra y el ejemplo de vida, lleven a los hermanos a acercarse a la Iglesia y a glorificar a Dios. Recuerden que la Iglesia no necesita funcionarios ni empleados, sino discípulos misioneros, dispuestos a dar la vida por hermanos, a ejemplo de Cristo que se hizo el último y servidor de todos.

Queridos Jóvenes presentes aquí: déjense tocar por el Espíritu Santo. El Señor sigue poniendo en el corazón de los jóvenes la semilla de la vocación sacerdotal y religiosa. ¡No tengas miedo! Responde como los grandes personajes de la Biblia: *“habla, Señor, que tú hijo escucha”*. No digas *“soy un muchacho, no se hablar”*, *“no estoy seguro”*, *“tengo miedo a los compromisos”*, *“no sé qué dirán*

mis padres”. Sé valiente como aquella joven de Nazaret, María, la madre de Jesús, tú mamá, y responde: *“He aquí la servidora del Señor, hágase en mí según tu palabra”*. Y verás que nunca te arrepentirás”. ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo” (Benedicto XVI).

Queridos hermanos, todos necesitamos una nueva efusión del Espíritu Santo para salir de nuestra zona de confort, de nuestra mediocridad, de nuestra tibieza espiritual.

Recuerdo que, al llegar a una parroquia para realizar una visita pastoral, pregunté: ¿Por qué no repican las campanas de la iglesia? Y el párroco respondió: no repicamos por varias razones, la primera porque no tenemos campanas y... ¡No siga!, le repliqué. Con esta razón basta. Algo parecido podremos decir de ciertos cristianos: ¿Por qué no progresan en santidad? Por varias razones: la primera porque no tienen devoción al Espíritu Santo.

Eso hace el Espíritu Santo en nuestras vidas: **NOS SANTIFICA.**

- Toma un niño, pobre pastor y lo convierte en el profeta y rey David.
- Toma a un pescador, Pedro, y lo hace predicador y jefe de la Iglesia
- Toma once pobres cobardes, y los hace columnas de la Iglesia
- Toma a una mujer, pobre y sencilla, que habita en la periferia de un gran imperio, y la convierte en madre de Dios...

Queridos hermanos, somos como carbones fríos que necesitan fuego que venga a encenderlos, y esa es la misión del Espíritu. Permitamos que Él actúe en nosotros a fin de que se repita el milagro del primer pentecostés. ¡Así sea!

+ *Ángel Francisco Caraballo*
† **Ángel Francisco Caraballo Fermín.**
Obispo de Cabimas



Prot. 2023/093